



*La habitación del Dragón Volador
y otros cuentos de terror y misterio*

JOSEPH SHERIDAN LE FANU

Joseph Sheridan Le Fanu, heredero de la tradición gótica, nos ha legado una colección incomparable de relatos donde abundan los misterios escabrosos, las crónicas de fantasmas y el terror sobrenatural. Le Fanu está considerado como el iniciador de la «ghost story» contemporánea, rodeando sus narraciones de un mundo estéticamente coherente en el que lo sobrenatural fuese un fenómeno natural, de manera que también puede considerársele como el creador del cuento de miedo realista. Imaginó una de las pesadillas más ilustres del género de vampiros: Carmilla, la fascinante mujer vampiro, y dio vida a un personaje singular: el doctor Martin Hesselius, que prefigura a los detectives ocultistas profesionales a la manera de Van Helsing, el cazavampiros de Drácula, John Silence de Blackwood, Carnacki de Hodgson, etc. La presente selección sigue los pasos de la iniciada con Dickon el diablo (número 11 de esta colección), y recoge una serie de cuentos en los que lo sobrenatural anida como un animal en su medio ambiente, muchos de ellos narrados como crónicas que se cuentan al amor de la lumbre en las noches de invierno.

PRÓLOGO

La obra de Sheridan Le Fanu, aunque quedó relegada al olvido en los años posteriores a su muerte, se ha convertido con el tiempo en algo imprescindible en las antologías o colecciones de literatura sobrenatural y de terror, gracias, en gran medida, a la labor de otro de los grandes del cuento espeluznante, que la dio a conocer al gran público: M. R. James. Descendiente de una familia hugonote emigrada a Dublín en 1730, Le Fanu (1818-1873) consagró casi toda su vida a las letras y a labores editoriales, después de haberse graduado en el Trinity College de Dublín y haber ejercido la carrera de las leyes durante poco tiempo. De las revistas y periódicos que publicó a lo largo de su vida cabe destacar el *Dublin University Magazine*, que fue conocido y apreciado internacionalmente. Parece que nunca abandonó Dublín, y su vida estuvo marcada por la ausencia de acontecimientos exteriores, lo que se acentuó tras la muerte de su mujer. Acabó convirtiéndose en un auténtico recluso que ni siquiera frecuentaba a sus amigos más íntimos, dedicándose a escribir sus narraciones en la oscuridad y a meditar sobre cuestiones espirituales relacionadas con la filosofía de Swedenborg, por lo cual empezaron a llamarle «el príncipe invisible». Le Fanu fue un autor prolífico; escribió catorce novelas, treinta relatos cortos, algunas baladas y numerosos artículos. Muchas de sus novelas han sido olvidadas; sin embargo, algunas de ellas siguen siendo muy apreciadas en la actualidad: *Uncle Silas*,

The House by Churchyard y *Wylder's Hand*. Pero es en el relato corto donde sobresale con brillantez el arte narrativo de Le Fanu, y algunas de sus creaciones permanecen como auténticas obras maestras del género. Citemos simplemente *Carmilla* —precursora insigne de las mujeres vampiro— y *Green Tea*, en las cuales aparece otra de las grandes creaciones de Le Fanu: el doctor Martin Hesselius, investigador de lo sobrenatural.

LA HABITACIÓN DEL «DRAGÓN VOLADOR»

PRÓLOGO

El curioso caso que voy a exponerles lo trata el doctor Hesselius de manera penetrante, y más de una vez, en su extraordinario ensayo sobre las drogas en la oscura Edad Media.

En este ensayo, que el autor titula *Mortis Imago*, se trata acerca del *Vinum laetiferum*, la *Beatifica*, el *Somnus Angelorum*, el *Hypnus Segarum*, el *Agua Thessalliae* y otras veinte infusiones y destilaciones, conocidas de los sabios que vivieron hace ochocientos años, dos de las cuales, según él, aún son utilizadas por la cofradía de los ladrones, según revelan a veces investigaciones policiales.

El ensayo en cuestión, *Mortis Imago*, ocupará, si no me equivoco, dos volúmenes, el noveno y el décimo, de las obras completas del doctor Martin Hesselius.

Debo señalar, para concluir, que dicho ensayo está curiosamente enriquecido con abundantes citas de poemas y textos medievales, las más interesantes de las cuales, por extraño que pueda parecer, son egipcias.

He seleccionado este caso particular entre muchos otros igualmente sorprendentes, pero, a mi entender, menos interesantes desde el punto de vista narrativo; he escogido esta forma de relato particular simplemente porque me parece más entretenida.

CAPÍTULO PRIMERO

En ruta

En el año de gracia de 1815 yo acababa de heredar, con veintitrés años de edad, una sustanciosa cantidad en fondos consolidados y otros valores bursátiles. La primera caída de Napoleón había abierto el continente europeo a los viajeros ingleses, presuntamente deseosos de instruirse a través del conocimiento directo de otros países; y yo —superado definitivamente el ligero «jaque de los cien días» por el genio de Wellington en el campo de Waterloo — me sumé a aquella riada humana en busca de enseñanzas.

Viajaba yo en la posta de Bruselas a París, siguiendo, creo, el itinerario que el ejército aliado había seguido hacía tan sólo unas semanas —un número increíble de carruajes haciendo la misma ruta—. Imposible mirar hacia adelante o hacia atrás sin divisar las nubes de polvo levantadas por la marea de vehículos. Adelantábamos constantemente caballos de relevo que volvían, extenuados y polvorientos, a las posadas donde los habían alquilado. Eran tiempos difíciles para aquellos pacientes servidores públicos. Todo el mundo parecía dirigirse a París en posta.

Yo debería haber observado el paisaje con mayor atención, pero mi cabeza estaba tan llena de París y del futuro que pasé por allí con poca paciencia y menos atención; con todo, calculo que faltarían unos seis kilómetros para llegar a un pintoresco pueblo fronterizo —cuyo nombre, como el de tantos otros lugares más importantes por los que pasé

en aquel viaje apresurado, he olvidado— y unas dos horas para que se hiciera de noche cuando llegamos a la altura de un vehículo que al parecer se hallaba en apuros.

No había llegado a volcar, pero los dos caballos de cabeza estaban caídos por el suelo. Los postillones, calzados con buenas botas, se habían bajado, y dos criados, que parecían poco avezados en aquel tipo de emergencias, se disponían a prestarles ayuda. Una bonita cabeza de mujer tocada asomaba por la ventana del vehículo siniestrado. Su *tournure*, y la de los hombros que también se entrevieron unos instantes, era cautivadora. Así que decidí desempeñar el papel de buen samaritano: mandé detenerse a mi sota-cochero, me apeé y, asistido por mi criado, eché gustoso una mano a los siniestrados. Pero, ¡ay!, la dama del bello tocado llevaba un tupido velo negro y no pude ver más que la filigrana del encaje mientras se retiraba.

Casi al mismo tiempo, un caballero anciano y enjuto sacó la cabeza por la ventanilla. Parecía estar enfermo, pues, aunque hacía calor, iba embozado en una bufanda negra que le tapaba las orejas y la nariz. Bufanda que se bajó unos instantes para darme un millón de gracias en francés, al tiempo que dejaba al descubierto su peluca negra y hacía mil gestos de agradecimiento.

Una de las pocas cosas que yo sabía bien, además del deporte del boxeo, practicado por la generalidad de los ingleses de la época, era hablar francés; así pues, le contesté, eso creo, haciendo gala de una perfecta corrección gramatical. Tras varias inclinaciones de cabeza, el caballero se retiró al interior del vehículo, al tiempo que volvía a aparecer la recatada y bonita cabeza.

La dama debió de oírme hablar a mi sirviente, pues moduló sus palabras en un inglés tan bello y balbuciente, y con una voz tan dulce, que volví a maldecir el velo negro que se interponía entre ella y mi romancesca curiosidad.

El escudo de armas que figuraba en el panel del carruaje era harto curioso. Recuerdo perfectamente el emblema

representado: la figura de una cigüeña pintada en color carmín sobre lo que los heraldistas denominan un «campo de oro». El ave se sostenía sobre una pata, y con la otra tenía agarrada una piedra. Es, creo, el emblema de la vigilancia. Su originalidad llamó particularmente mi atención, quedando grabada en mi recuerdo. Había también un par de tenantes a cada lado, aunque no recuerdo qué eran.

Los modales corteses de aquellas personas, la corrección de sus criados, la elegancia del carruaje y el curioso escudo de armas, todo ello hacía suponer que se trataba de personas nobles.

La dama, como es de suponer, no me resultó por ello menos interesante, sino todo lo contrario. ¡Qué fascinación tan grande ejerce un título en la imaginación! No en la de personas esnobs o de escasa moralidad, que quede bien claro. La superioridad de rango ejerce un influjo poderoso y genuino sobre el amor; la idea del superior refinamiento va asociada con él. Las despreocupadas atenciones del caballero llegan más hondo al corazón de la lozana lechera que largos años de viril devoción del honrado leñador; y lo mismo se puede aplicar a las demás capas sociales. ¡Qué mundo tan injusto!

Pero en este caso hubo algo más. Yo me consideraba un joven bien parecido —y creo que con total fundamento—; y nadie podía poner en tela de juicio mi uno ochenta y pico de estatura. ¿Qué necesidad tenía la dama de darme las gracias? ¿No lo había hecho sobradamente, y por los dos, el que presumí era su marido? Instintivamente, me di cuenta de que la dama me había mirado con ojos nada indiferentes; y, a través de su velo, sentí el poder de su mirada.

Dejando un reguero de polvo detrás de las ruedas, y bañada por la luz dorada del sol, la dama se alejaba ahora de un joven y prudente caballero que la seguía con ardiente mirada y suspiraba profundamente conforme la distancia se iba agrandando.

Le dije al postillón que no se le ocurriera adelantar a aquel vehículo, sino que, antes bien, no lo perdiera de vista y se detuviera en los mismos puestos de relevo. No tardamos en llegar a la pequeña población antes mencionada, y el coche que seguíamos se detuvo en la Belle Étoile, una confortable posada antigua. Los desconocidos se aparearon y penetraron en la casa.

Nosotros seguíamos a paso lento. Yo me apeé a mi vez y subí los escalones indolentemente, aparentando apatía e indiferencia.

En mi audacia, no me paré a preguntar en qué habitación podría encontrarlos. Miré en el aposento de la derecha y luego en el de la izquierda. Pero los que yo buscaba no estaban allí.

Subí las escaleras. Estaba abierta la puerta de un salón. Entré con el aire más inocente del mundo. Era una estancia espaciosa, y descubrí que, además de a mi propia persona, contenía a otro ser vivo: a la preciosa y elegante dama. Allí estaba el mismísimo sombrero del que me había enamorado. La dama se hallaba de espaldas a mí. Yo no podía distinguir si el celoso velo estaba levantado. Se encontraba leyendo una carta.

Permanecí unos instantes sin apartar los ojos de ella con la vaga esperanza de que se volviera y me diera la oportunidad de verle la cara. Pero no lo hizo, sino que, dando uno o dos pasos, se plantó delante de una pequeña consola de una sola pata pegada a la pared, sobre la que se elevaba un hermoso espejo con un marco desdorado.

Yo podría perfectamente haberlo confundido con un cuadro, pues reflejaba el retrato de medio cuerpo de una mujer extraordinariamente hermosa.

Sus finos dedos sujetaban una carta, en cuya lectura parecía estar enfrascada.

Su rostro era ovalado, melancólico, dulce. Aunque también poseía una nota indefinible de sensualidad. Nada podía superar la delicadeza de sus facciones ni el lustre de su

tez. Como tenía la mirada baja, no pude distinguir de qué color tenía los ojos; sólo que sus párpados eran largos y sus cejas delicadas. Seguía leyendo; aquella carta debía de interesarle sobremanera. Yo no había visto nunca una figura humana tan inmóvil; me encontraba ante una estatua coloreada.

Como por entonces yo gozaba de una vista buena y penetrante, vi aquel bello rostro con perfecta claridad. Hasta distinguí las venas azules que recorrían la blancura de su garganta despejada.

Debería haberme retirado con el mismo sigilo con que había entrado antes de que fuera advertida mi presencia. Pero mi interés era tan grande que quería quedarme unos minutos más. En aquel lapso, ella alzó los ojos. Eran ojos grandes, de una tonalidad que los poetas modernos llaman «violeta».

Aquellos espléndidos ojos melancólicos pasaron del espejo a mi persona con una mirada altiva; enseguida la dama bajó su velo negro y se dio media vuelta.

Pensé que habría preferido que no la viera. Yo estaba observando cada mirada y movimiento suyos, hasta los más mínimos, con una atención tan intensa como si me fuera en ello la vida.

CAPITULO II

El patio de la Belle Étoile

Aquel rostro era de los que enamoran a primera vista. Mi curiosidad dio paso a ese tipo de sentimientos que se adueñan tan rápidamente de los jóvenes. Mi audacia se rindió ante aquella dama, y me embargó la sensación de estar cometiendo una impertinencia. Ella se encargó de poner las cosas en su sitio, pues la misma dulce voz que yo había oído antes dijo ahora fríamente, y en francés:

—Sin duda *monsieur* ignora que este cuarto es privado.

Inclinando la cabeza cuanto pude, masculé unas disculpas y retrocedí en dirección a la puerta.

Sin duda le parecí arrepentido y confuso (confieso que así me sentía), pues ella dijo entonces, como para quitar un poco de tensión a la escena:

—No obstante, me alegro de tener otra oportunidad de agradecer a *monsieur* la ayuda, tan presta y eficaz, que ha tenido la bondad de prestarnos hoy.

Fue más el tono distinto de su frase que el contenido de la misma lo que me dio renovado ánimo. Ella no necesitaba darme las gracias; y, aunque tal hubiera sido el caso, ciertamente no estaba obligada a hacerlo de nuevo.

Todo aquello me resultó sumamente halagador, sobre todo el que se produjera tan inmediatamente después del ligero reproche.

Ahora hablaba en voz baja y con timidez, y noté que había vuelto la vista rápidamente hacia una segunda puerta de aquella misma estancia; supuse que el caballero de la

peluca negra, su celoso marido, iba a asomar por ella a no más tardar. Casi en el mismo momento se oyó una voz aflautada y nasal impartiendo órdenes a un criado, voz cada vez más próxima. Pertenecía a la persona que tan profusamente me había dado las gracias desde la portezuela del coche de camino, una hora antes aproximadamente.

—*Monsieur* tendrá la amabilidad de retirarse —dijo la dama con un tono que parecía de invitación, al tiempo que agitaba la mano en dirección a la puerta por la que yo había entrado.

Hice de nuevo una profunda reverencia, di unos pasos atrás y cerré la puerta. Bajé las escaleras henchido de felicidad y fui directamente a hablar con el dueño de la Belle Étoile (como ya he dicho, tal era el nombre de mi posada).

Describí el aposento del que acababa de salir, dije que me gustaba y pregunté si estaba libre.

Él contestó que lo sentía muchísimo, pero que el aposento y las dos habitaciones contiguas estaban ocupadas...

—¿Por quién?

—Personas de distinción.

—Pero ¿quiénes son? Deben de tener algún nombre, o título...

—Sin duda, *monsieur*; pero es tal la riada humana que se dirige hacia París que hemos dejado de preguntar los nombres o títulos a nuestros huéspedes. Los designamos simplemente por las habitaciones que ocupan.

—¿Cuánto tiempo piensan parar aquí?

—Tampoco eso puedo decírselo, *monsieur*. No nos interesa. Mientras las cosas sigan así, nuestras habitaciones no podrán estar nunca desocupadas.

—¡Me habría gustado tanto alojarme en esos aposentos! ¿Es también dormitorio alguno de ellos?

—Sí, señor; por cierto, *monsieur* debe saber que nadie suele contratar una alcoba si no piensa pernoctar.

—En fin, espero me pueda dar algunas habitaciones, en la parte de la casa que sea.

—Ciertamente. *Monsieur* puede disponer de dos aposentos. Son los únicos que hay ahora mismo libres.

Los tomé de inmediato.

Estaba claro que aquellas personas pensaban parar allí; por lo menos no se irían hasta la mañana siguiente. Empecé a sentirme como quien se embarca en una aventura.

Tomé posesión de mis habitaciones y miré por la ventana, la cual descubrí que daba al patio de la posada. Muchos caballos estaban siendo liberados de los arneses, calientes y cansados, para ser sustituidos por otros, recién salidos de los establos. Numerosos vehículos —unos privados, y otros, como el mío, parecidos a los que en Inglaterra se llamaban antiguamente sillas de posta— estaban sobre el pavimento esperando su turno de relevo. Los criados más atareados trajinaban de un lado a otro, y los que no tenían nada que hacer se paseaban o bromeaban, y la escena en su conjunto parecía animada y divertida.

En medio de todo aquello creí reconocer al vehículo y a uno de los criados de las «personas linajudas» que tanto interés despertaban en mí en aquel momento.

Así pues, bajé corriendo hasta la puerta trasera y, en un santiamén, me encontré en el empedrado desigual, en medio del espectáculo visual y sonoro que en semejante tipo de lugares suele acompañar a los momentos de especial trajín y vaivén.

El sol estaba ya próximo a ponerse y arrojaba sus rayos dorados sobre las chimeneas de ladrillo rojo de los obradores, haciendo que los dos toneles que, colocados en la punta de sendos postes, servían de palomares, parecieran incendiados. Esta luz hace que todo nos resulte pintoresco y nos interesen cosas que, en el sobrio gris de la mañana, nos podrían parecer aburridas.

Tras una pequeña búsqueda di con el vehículo que andaba buscando. Un criado estaba cerrando con llave una de las portezuelas, las cuales estaban provistas de auténti-

cas cerraduras. Me detuve a unos pasos, con la mirada fija en la enseña del vehículo.

—¡Bonita esa cigüeña roja! —observé, apuntando al escudo de armas de la puerta—; sin duda el emblema de una familia distinguida.

El criado me miró unos instantes mientras se metía la llave en el bolsillo, y dijo, con un saludo y una sonrisa ligeramente sarcásticos:

Monsieur es libre de hacer conjeturas.

No cedí al desaliento, sino que le administré ese laxante que en muchas ocasiones actúa de forma muy venturosa sobre la lengua y que no es otro que una propina.

El criado se quedó mirando el napoleón de su mano y luego volvió la vista hacia mí, con una sincera expresión de sorpresa.

—¡*Monsieur* es muy generoso!

—No hay de qué. ¿Quiénes son la dama y el caballero que han viajado en este carruaje y a quienes, como sin duda recuerdas, mi criado y yo prestamos hoy ayuda en una emergencia, cuando sus caballos se hallaban caídos en el suelo?

—Es el conde, y a la joven dama la llamamos la condesa; pero no sé... Puede ser su hija.

—¿Me puedes decir dónde viven?

—Por mi honor, *monsieur*, que no puedo decirlo. ¡No lo sé!

—¿Que no sabes dónde vive tu amo? Seguro que sabes de él más cosas que el nombre...

—Nada que valga la pena contar, *monsieur*. A mí me contrataron en Bruselas el día mismo de la partida. *Monsieur* Picard, mi compañero, el mayordomo de *monsieur* el conde, ha pasado muchos años a su servicio y lo sabe todo; pero no habla nunca salvo para impartir órdenes. De su boca no he podido recoger ninguna información. Bueno, una vez que estemos en París, espero enterarme rápida-